I'll give you a stupid example.



Imagine if you were capable of an intelligent one.

UN EJEMPLO GILLETTE

Sobre la distancia, el disfraz y la mujer que audita.

POR EJEMPLO,

La comunicación siempre se ha apoyado en una fórmula particular.

Por ejemplo.

Dos palabras inocentes.

Dos palabras que parecen inofensivas y corteses y que, sin embargo, poseen una ventaja extraordinaria: permiten entrar en territorio ajeno sin pedir permiso.

Cuando alguien dice por ejemplo, el objetivo rara vez es el ejemplo en sí.

El objetivo es la distancia.

Porque a la gente no le gusta verse expuesta ante un problema. No le gusta oír su propio nombre unido a una debilidad, a un error o a una contradicción.

Pero está perfectamente dispuesta a observar esas mismas cosas cuando son de otro.

Y así, la comunicación inventó un atajo notable.

No digas:

“Tú estás haciendo esto”.

Di:

“Por ejemplo, imagina a un hombre que…”

Y de inmediato caen las defensas.

El que escucha sigue la historia.

Examina al personaje.

Juzga la situación.

Quizá hasta se ríe.

Solo más tarde cae en la cuenta.

El personaje nunca fue otro.

El personaje era el que escuchaba.

El ejemplo no era más que un disfraz que llevaba puesto la realidad.

Los mejores comunicadores siempre lo han sabido.

Las ideas rara vez entran por la puerta principal.

Prefieren las entradas laterales.

POR EJEMPLO,

Las relaciones humanas siempre han dependido de los ejemplos. Sobre todo entre hombres y mujeres.

Los hombres llevan siglos usándolos.

Por ejemplo, imagina que viviéramos junto al mar.

Por ejemplo, imagina que nos hubiéramos conocido cinco años antes.

Por ejemplo, imagina que nos mudáramos a Nueva York.

Por ejemplo, imagina que fuéramos el uno del otro.

Ninguna de estas frases describe la realidad.

Describen arquitectura.

Estructuras provisionales construidas con palabras.

Habitaciones donde a la posibilidad se le permite entrar antes de que lleguen las pruebas.

A los hombres les encantan esas habitaciones.

Porque imaginar cuesta menos que construir.

Dentro de la imaginación, todos los proyectos funcionan.

Todos los viajes salen bien.

Todas las mujeres comprenden.

Todos los desenlaces son favorables.

Luego, tarde o temprano, llega la realidad.

Y la realidad suele llegar con forma de mujer.

Una mujer inteligente escucha.

Una mujer muy inteligente evalúa.

Una mujer superior audita.

Y la diferencia es considerable.

Una conversación corriente puede sobrevivir a una evaluación.

Un proyecto puede sobrevivir a la crítica.

Una ilusión nunca sobrevive a una auditoría.

Ese suele ser el momento exacto en que un hombre inteligente descubre si estaba construyendo un futuro o solo decorando una fantasía.

La respuesta llega deprisa.

Las mujeres casi siempre cobran por segundos.

Nunca por horas.

POR EJEMPLO,

Imagina a un hombre que ha pasado años construyendo explicaciones. Estrategias.

Escenarios.

Modelos.

Arquitectura.

Sistemas enteros diseñados para que la realidad parezca razonable.

Luego, un día, se encuentra con una mujer cuya inteligencia excede las dimensiones del sistema que él ha construido.

Sin dramatismo.

Sin agresividad.

Con naturalidad, nada más.

Escucha.

Observa.

Espera.

Luego hace una pregunta.

Una pregunta sencilla.

La clase de pregunta que hace que diez años de construcción intelectual se derrumben en diez segundos.

En ese punto ocurre algo insólito.

El hombre deja de construir.

Los planes pierden de pronto su atractivo.

Los planos se vuelven innecesarios.

Los cálculos se vuelven decorativos.

La arquitectura desaparece.

El proyecto va directo a la papelera.

No porque lo hayan derrotado.

No porque lo hayan humillado.

Porque por fin ha comprendido algo.

El ejemplo nunca había sido hipotético.

El ejemplo era él.

El ejercicio era él.

El caso práctico era él.

Y la mujer que tenía delante no había entrado en su imaginación.

Había entrado él en la de ella.

Ferdinando